



DE LA  
MELANCOLÍA  
ESPIDO  
FREIRE

Espido Freire



De la melancolía

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Espido Freire, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2019

Depósito legal: B. 22.664-2019

ISBN: 978-84-08-20152-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Supe entonces que me abandonaría con la misma certeza y seguridad con la que recordaba los hechos más relevantes de mi vida, como si hubiera ocurrido ya y mi pensamiento regresara una vez más a un lugar conocido y hostil.

La pregunta flotó en el aire, como una brasa extinguida, mientras la mujer que la había formulado nos miraba con una sonrisa, sin darse cuenta de que mi matrimonio había terminado en el mismo momento en el que Sergio guardó silencio tras escucharla. Los dos, con las manos aún entrelazadas, callamos, yo con la sonrisa de respuesta a la psicóloga ya preparada, con la mirada de complicidad a mi marido ya esbozada.

Como una hebra que deshilacha el dobladillo tras un tirón inesperado, vi en su expresión que él se alejaba a una velocidad vertiginosa de aquel lugar, que quien se sentaba a mi lado no era sino una cáscara vacía y que el hombre al que había amado nos dejaba a la niña y a mí solas, muertas de frío y hambre como siempre habíamos estado, mi hija en un orfanato remoto en un país eslavo, yo a su lado, en aquella sala, tras aquella mesa, convertida de pronto en una desconocida a la que ni dedicar un saludo con la cabeza.

—¿Cómo reaccionaréis cuando la niña tenga su primera menstruación?

La pregunta no se encontraba en el listado que otros padres, compasivos ante el sofoco y la situación, nos habían pasado. Habíamos preparado respuestas para todas las demás, respuestas comunes e individuales, ingeniosas y conmovedoras, que permitieran adivinar nuestra formación sin pedantería y nuestra posición sin alardes. La mayor parte de ellas compensaban el que Sergio quisiera una niña, niña, una niña, sin concesión posible, su hija tanto tiempo soñada, con un nombre preparado desde años atrás, desde mucho tiempo antes de conocer a quien sería su mujer, yo, o incluso a la primera de las novias con las que se imaginó en algún momento como padre.

Sabíamos de antemano que a los responsables de las adopciones no les gustaría que eligiéramos el sexo y que se le añadiera el que pidiéramos una niña sana y de la menor edad posible, y por eso Sergio había ideado una estrategia basada en su encanto y en nuestras condiciones: puede que pidiéramos una muñeca, era verdad, pero nadie estaría mejor preparado para criarla, ninguna pareja podría ofrecer a nuestra hijita ucraniana una vida más regada, mejor educación, más amor. Pensaba Sergio que si la psicóloga lo escuchaba y era mínimamente sensible a los sueños, al amor que sin conocerla sentía él, sobre todo él, por su niña imaginada, no se la negaría.

Habíamos superado otras entrevistas y él había reparado, con su mirada analítica fija en los otros padres, en la apatía de muchos de los hombres, en el miedo nunca negado y pocas veces escondido que se les escapaba con el sudor.

—Los demás —repetía él— no quieren una niña tanto como nosotros.

Quizás fuera cierto. O quizás eran más discretos, más sensatos en su planeamiento, más sinceros.

—La mirada no miente —insistía—, el deseo no miente. Eso vale tanto en las negociaciones de empresa como en todos los ámbitos de la vida. Una vez que reconozcan que nuestro deseo es genuino, no nos pueden negar lo que pedimos.

Si nada de eso les convencía, había dicho Sergio, esgrimiríamos lo que nadie rechazaba: nuestro dinero. Vimos, en la reunión informativa, una sala llena de parejas y alguna mujer solitaria; una sala llena de miedos y de por si acaso en la que al desgranarse las cifras necesarias para una adopción internacional los rostros cambiaban y algunos se llenaban de lágrimas. Para unos, el camino se cerraba allí, con la cartera seca; para otros, solo se interrumpía por unos meses, mientras conseguían un préstamo o aumentaban los ahorros.

—¿Qué pensaban, que iban a hacerles un descuento porque gimotearan? —dijo esa noche Sergio mientras cenábamos. Mostraba un aire irritado, la arruga en la frente que le aparecía con los pensamientos ingratos bien visible. Le molestaba que quien no podía hacerlo gastara de más, que quienes vivían enlazando créditos de tarjetas se endeudaran por una televisión nueva o un viaje que, de tan usado, había dejado de ser exótico.

Era la suya la indignación de quien ve cómo su niñera manda al hijo mayor a la universidad o de quien beca, condescendiente, a un bracero, un desagrado de señor con derecho de vida o muerte que no está dispuesto, lo diga quien lo diga, a creer que descende del mono o que su dinero vale igual que el de los demás. Entonces aquello me parecía parte de su atractivo, me pareció por cierto

tiempo incluso lógico, porque por entonces comenzaban los meses en los que se derrumbaban las fortunas y los espejismos y muchos lloraron por las teles de plasma y por los viajes a plazos, por las hipotecas contratadas y los coches renovados.

—A mí me dan pena... Tantas ilusiones...

—A ti todo el mundo te da pena.

—Ellos quieren lo mismo que nosotros.

—El mundo no es justo, Elenita. Así les va a quienes se lo creen.

Por mucho que lo repitiera, no me convencía de que él pensara realmente aquello; era su defensa ante lo que le asustaba. Sergio trabajaba mucho y muy duro y le sacaban de juicio los débiles, los que abandonaban antes de tiempo, los que se quedaban por el camino. Y yo creía adorable a mi marido con su mundo pequeño y sus enormes aspiraciones, sus planes para nosotros y sus opiniones sobre todo, su estrechez de miras y su apellido compuesto.

Mi respuesta, improvisada, rápida, delataba que todo lo demás, todas las demás las habíamos practicado y superado con nota.

—Aún no he visto la carita de la niña y no sé ni cómo me sentiré al abrazarla. ¿Cómo voy a prever esa reacción? Es algo que le ocurrirá dentro de muchos años. Ya le habré explicado todo, por supuesto, y la acompañaré con todo el cariño...

No llegué a terminar la frase, que antes de nacer ya sonaba falsa. Por el rabillo del ojo, al mismo tiempo que la pared cubierta de carteles anticuados y de trozos de celo

que habían sostenido otros aún anteriores, vi cómo Sergio tragaba saliva, la boca seca, la mano sudorosa. Él sí había vislumbrado con claridad aquel momento cuando nos lo habían preguntado, se había sentado frente a la niña, quizás en la cama, avanzó en el siglo vertiginosamente, el zumbido de los años en sus oídos, la silla convertida en una máquina del tiempo.

Vio el vello que le había aparecido a nuestra hijita en los brazos y las piernas, el estirón de los brazos y su desproporción con las piernas, las espinillas en la nariz, los cambios de humor que presagiaban la adolescencia, la redondez suave de mujer en un cuerpo de chiquillo.

Vio, estoy segura, unos ojos que se imaginaba verdes, como los suyos, unos gestos que la niña se habría encargado de copiar día tras día, una boca que le llamaba papá, y no encontró esa criatura que tanto se había empeñado en crear, sino una carne real, una voluntad propia, una persona que le contestaría, le llevaría la contraria, que volaría, que sería independiente de él.

Vio, por un instante, que quizás fuera castaña, o morena, que puede que su expresión fuera blanda, o ausente, o que, por la costumbre y la imitación, quizás se pareciera a mí y no a él, y no pudo soportarlo. La vio tras las horas pasadas conmigo, las compras, las confidencias, las broncas entre madre e hija, una segunda versión de una Elena más joven, más terca, a la que había que educar de nuevo. Las compresas, los tampones, las visitas al ginecólogo.

Sentí su asco por todo aquello, el desprecio por las mujeres sucias, por sus caprichos físicos, por esos cuerpos que cambiaban, envejecían, no se cuidaban lo suficiente. Escuché muchas frases a la vez, casi todas mencionadas en su



momento como una broma, seguidas de risas o de un abrazo que indicaban que a mí me excluía de ellas.

Levantó la mirada, tragó de nuevo, contestó:

—No lo sé.

Sí lo sabía. Tras dos preguntas más fingió un dolor de cabeza, una de las migrañas ineludibles y urgentes que lo asaltaban por días y que lo dejaban postrado y débil. Nos levantamos, nos fuimos. No hubo más entrevistas, no hubo certificado de idoneidad, no hubo viaje a Kiev, ni visitas al orfanato, ni regreso triunfal con la niñita en brazos, ni peluches en el aeropuerto, ni fotos con lágrimas de alegría, ni habitación con su nombre pintado a mano por mi cuñada en la cama y en la cómoda. Después de aquello, no hubo nada.

Miento, claro que hubo más: empezó la melancolía, no de pronto, como imaginaba yo, sino como un rumor muy lejano, nada claro. Un eco de algo que apenas se adivina tras la puerta cerrada.

Mucho tiempo antes, en Chile, en la Patagonia, habíamos realizado un crucero que recorría el canal Beagle y que de cuando en cuando salía a mar abierto para enseñarnos un poco de su fauna, un ensayo de lo que era la naturaleza salvaje cuando se mostraba controlada y de cerca. Fue un viaje sereno y bello por una tierra rasgada por fuego y hielo, muy anciana, muy cansada ya de miradas extrañas. De vez en cuando, nuestro barco varaba y nos acercaban a tierra en lanchas amarillas en las que parecíamos pájaros con chaleco salvavidas, cubiertos por un plumaje muy abultado y llamativo. En la orilla escuchábamos explicaciones y bebíamos chocolate caliente para espantar el frío y whis-

ky con hielo milenario, azul, que desgajaban en bloques de los glaciares cercanos.

Una de las tardes salimos de expedición, en la lancha amarilla, con un marinero y un guía porque queríamos que las fotografías fueran más impresionantes si cabe, más reales si se podía. Sergio, que estrenaba cámara, estaba disfrutando de ese viaje. Yo, un poco menos. Los carámbanos flotaban en el agua y el frío se colaba a través de los guantes para convertir los dedos en madera. Allá arriba, a una distancia imposible bajo un cielo azul e irreal, las agujas heladas de los glaciares señalaban hacia el norte.

Entonces, primero como una oscilación apenas perceptible que erizaba el cabello ya electrizado, luego como un oído que se taponaba por la altura, un rumor llegó hasta nosotros. Parecía un trueno muy lejano, pero antes de que nadie lo dijera en alto y suavizara así el miedo que comenzaba, cambió a un rodar de piedras en una ladera y luego a un crujido de vigas, y a unas tejas que caen una a una, y al metro que se adivina bajo el asfalto en la ciudad, y al temblor incontrolable de una mañana fría. La lancha giró y ante nuestros ojos la cima del glaciar se estremeció como una gelatina en un plato invisible y se resquebrajó derretida bajo un cuchillo caliente.

El sonido tardó en cambiar y los pedazos de hielo, gruesos como el barco que nos aguardaba lejos, protegido en la ensenada, cayeron al océano antes de que nos rodeara, atroz, imparable, el alarido de un gigante en una pesadilla, el grito de una *banshee* loca de dolor. El glaciar continuó desmoronándose y entonces viramos en seco, los labios del marino, blancos, y los nudillos, aún más pálidos mientras nos alejaba del desastre a toda velocidad en un intento des-

esperado para lograr que la ola producida por el desprendimiento llegara a nosotros con la menor fuerza posible.

Nos zarandeó ya sin saña, pero aún terrible en su potencia. El sonido tardó mucho en disiparse; nos perseguía otra vez, difuso pero tenso con su zumbido de panal, como la advertencia de que, visible o no, el peligro continuaba allí, en un lugar oculto, azul, frío e inmutable.

Eso fue para mí, años más tarde, sola, sin alivio ni enseñanza, el descubrimiento de la melancolía: un glaciar que se quiebra, una barca que no se aleja con la suficiente rapidez.

Por suerte, mis padres no vivían.

Yo decía, o pensaba, esa frase u otras parecidas sin cuestionarlas demasiado. Eso me pasaba cuando daba con una fórmula que anestesiaba el dolor; la repetía sin sentir, como otra aspirina más tragada, cuando comenzaban de nuevo las palpitaciones en la cabeza.

El lenguaje no era eso que yo me decía y me repetía para creerlo: el idioma está vivo cuando se aprende por primera vez, de niño. O cuando al aproximarse a un extranjero ya de mayor, las palabras tardan en acudir y pesan; y cuando se dice «pan», se nota en la lengua el sabor salado y un poco sudoroso del primer bocado del pan con hambre; y si se dice «hogaza», ese sabor cambia a un dorado caliente y tierno; y si se dice «mendrugo», se seca entre los labios y choca contra los dientes.

Luego, con la edad o la seguridad, se emplean los sinónimos con la inconsciencia de quien tiene de todo y puede permitirse tirar a la basura comida apenas mordisqueada.

Las palabras se mueren y ya no significan lo que decían, sino que son etiquetas que cuelgan de los sentimientos.

Yo decía que mis padres habían muerto como quien muestra una credencial. Huérfana, abandonada, fuerte, sensible. No, no quería hablar de ello. Sí, estaba bien. Era, de todas aquellas preguntas tan minuciosamente estudiadas antes de la entrevista de adopción, la que contestaría de manera más breve. Había nacido cuando mis padres eran ya mayores, ellos habían muerto con muy pocos días de diferencia el uno del otro y no tenía hermanos. Era cuanto la gente necesitaba saber.

Huérfana, hija única, ¿no justificaba eso la necesidad imperiosa de parir un niño, de adoptar una niña? ¿No era algo que la vida me debía? ¿No se enternecían los corazones, no conservaba la palabra «huérfana» el mismo temblor lacrimoso que en las novelas de Dickens o en los cuentos de hadas, en los que un mal inicio en la vida no privaba de la felicidad un poco posterior?

Al parecer, no. Las compensaciones se reservaban a los niños sin padres, no a los padres sin hijos, a los privados de familia en los años tempranos, sin atender hasta cuándo era recomendable o necesario contar con ese apoyo. Mala suerte. Si al menos uno de ellos hubiera faltado antes, en los años tumultuosos de la adolescencia, si se hubieran fugado, si no hubiera conocido a uno de ellos... Pero que los padres ancianos mueran es normal. Ley de vida. Nada a lo que nadie le preste oído demasiado tiempo. La normalidad atrae poca atención y menos piedad.

Ni siquiera cuando vivían tenía la sensación de que fueran del todo mi familia. Esa calidez, esa manta que rodea los hombros con la palabra «familia», la guardaba para Sergio y para

ampliarla con los niños que nacieran. Durante muchos años, muchos más de los normales, fantaseé con que era adoptada y con que en alguna ocasión mis auténticos padres aparecerían para rescatarme y para llevarme a una casa llena de niños, ruidosa, con aroma a café y horno, con un mastín grande y al que le oliera el aliento. Yo sabía que la mayoría de las familias eran así, como la mía, ni buenas ni malas, no creía merecerme nada distinto ni aunque pudiera parecer, a primera vista, mejor.

Con el tiempo, supe contener el aliento antes de abrir la puerta de mi casa y soltarlo, muy despacio, cuando me marchaba, tras una visita a mis padres. Sergio, que tampoco se entendía bien con los suyos, se enfadaba conmigo y gritaba y daba un par de patadas a las sillas cuando las circunstancias lo obligaban a pasar tiempo con ellos y con sus hermanos, pero al menos entrábamos en un salón con humo y ruido, con juguetes de sobrinos maleducados por el suelo y aullidos en el jardín de esos mismos sobrinos maleducados cuando habían crecido.

Se palpaba vida allí, un latido caótico, interesado y dictado por las manipuladoras palabras de mi suegra, sin el permiso de la cual no se parpadeaba en aquella familia. Quizás no la mejor de las vidas ni la más provechosa, dadas sus privilegiadas circunstancias, pero nada comparable a la imparable tristeza que había crecido conmigo en mi casa.

Mi padre dejó de ser feliz cuando se jubiló a la fuerza tras una subida de azúcar que le provocó una retinopatía que le impidió continuar operando. Antes tampoco parecía serlo mucho, aunque quizás se transformara en el quirófano, quién sabe, con una bata nueva, gafas distintas, la boca tapada, el cabello oculto. Sea como fuere, cuando ocurrió yo tenía diez años y ya nunca más lo vi sonreír. A él

y a mi madre les parecían vulgares las sonrisas, no digamos ya la alegría sin sentido de una niña o de un animal, y a los dos pequeños de la casa nos acallaron a la fuerza cualquier movimiento brusco o cualquier voz más alta que otra.

—¿Nadie puede decirle a la niña que se calle? —preguntaba mi padre, al aire, sin mirar a nada en particular.

—Elena, por favor —decía mi madre con ese leve arqueado de labio, la mano en la frente.

En esos momentos yo deseaba plantarme ante mi padre y gritar hasta quedarme sorda, mírame, mírame, estoy aquí, soy yo, soy real, pégame si quieres, pero al menos mírame, no estoy en el limbo, no soy una imaginación, soy algo molesto y tengo doce años y existo. Pero nunca reuní el valor para hacerlo. De hecho, creo que gran parte de este recuerdo es inventado: en su momento no sabía qué palabras usar ni qué pensamientos armar. Solo aquella cólera fría, aquel dolor enorme por no existir ante los ojos de mi padre.

El otro silenciado, el animal, era el perro de mi madre, un Yorkshire diminuto y serio como un procurador que se llamaba Duke y que fingía no escucharme cuando yo lo llamaba. En secreto, se creía el único hijo de mi madre, y posiblemente lo fuera; compartían la misma melena jugosa y veteadada y la nariz diminuta, el cuello largo y los andares pausados. De mi padre no había sacado nada, pero tampoco yo, con lo que no me suponía mucho consuelo.

Si mi familia real era la que yo había formado, en cuanto pude, con Sergio, la de mis padres se había completado con Duke. Juntos, los tres salían los domingos por la tarde a visitar a sus amigos y a completar su complejísima vida social, que necesitaba de toda la atención y los esfuerzos diplomáticos de mamá para mantenerse en equilibrio.

Duke, además, les había dado nietos. Tres o cuatro camadas de ellos que mi madre había repartido entre quienes le parecieron que se lo merecían y a los que seguía el rastro con anotaciones en una libretita. Duke me miraba con el desprecio de quien se sabe el hermano preferido y yo me vengaba como una hermana mezquina, con pellizcos y pisotones en la cola cuando nadie me veía. Era un perro condescendiente y superficial.

Habíamos tenido también, mucho antes, un loro gris, un animal magnífico del que, por desgracia, mi padre se cansó pronto cuando vio que, tras algunas tardes de adiestramiento, no hablaba.

—¿Cómo va a aprender a hablar el pobre pájaro —dijo con la clara intención de encontrar a las responsables— si en esta casa no se habla?

Era cierto. El loro acabó en el mismo hogar que recibió luego a alguno de los cachorros de Duke. Duke nunca tuvo un rival digno. Cuando yo me iba después de una visita, él volvía a reclinar con displicencia el morro sobre la falda de mi madre, recobrada ya toda su atención.

Papá se preciaba de ser un hombre justo porque antes de presentar un rostro glacial que era el primer paso del olvido definitivo daba tres oportunidades. No despachaba a nadie con menos, no otorgaba, como excepción, la cuarta.

Yo fallé una primera vez cuando nací niña. En honor a la verdad, nadie lo esperaba. Habían recurrido a péndulos que se movían sobre la muñeca, a la forma de la barriga de mi madre y al viejo recuerdo de una gitana que, en Sacromonte, en los años sesenta, les había augurado un varoncito que les endulzaría la vejez. Mi padre, con su formación científica, despreciaba esas supersticiones, pero se había aferrado a la fe en

sí mismo y a su voluntad de hierro a la hora de conseguir todo lo que había deseado: sería un varón, llevaría su nombre, que era el mismo que el de su padre, que era el mismo que el de su abuelo, que sería el mismo que el de su nieto.

Así, como las olas, las nubes o las dunas, todos unidos por la base y todos sucesivos, iguales, nosotros venceríamos a la muerte y al destino igual que esos organismos inmortales y unicelulares que no cambian ni envejecen, que mutan para ser ellos mismos otra vez y que no pueden moverse ni hablar, pero aun así perduran.

Pero fui niña. Se atuvieron a ello con resignación, moderaron la reacción de los amigos que captaban muy rápidamente que había que alegrarse pero no demasiado, que no era lo que ellos esperaban y que las posibilidades de tener otro hijo eran remotas. Una niña, al menos, era mejor que nada. Haría compañía a su madre y los vestiditos y zapatitos para niñas eran tan bonitos...

Mi padre, creo, se había olvidado en parte de esa primera decepción según los años pasaron y me acerqué a la que sería mi segunda oportunidad: estudiaría medicina, como él, como esas profecías que no hace falta formular porque se hacen evidentes cuando llega el elegido y se descubre que sin esfuerzo cada una de sus elecciones lo ha acercado más y más a su destino.

Todo (los avances tecnológicos, las líneas de mi palma, la incorporación de la mujer a los estudios, mis notas escolares, las técnicas médicas, mi pulso firme cuando mantenía una mano en el aire, la apertura de nuevas facultades) indicaba que mi camino hasta el mismo sillón que ocupaba mi padre en su consulta privada se había trazado con firmeza y seguridad.



Todo menos mi voluntad. Sin que lo hubiera ocultado nunca, pero sin que me hubiera atrevido a manifestarlo de otra manera que no fueran tímidas insinuaciones, me asustaba la medicina y me aterraba ser neurocirujana como mi padre. En el último año de secundaria comencé a enfermar con bastante frecuencia: me despertaba con la cabeza enloquecida y con náuseas que mi madre combatía con una cucharada de aceite de oliva en ayunas, se me olvidaban temas enteros, la mandíbula se me tensaba de tal manera que era imposible abrir la boca o que mi lengua articulara la letra de.

Gritaba, con todo el silencio del que era capaz, que necesitaba salir de allí. Los estudios de Medicina implicaban años de libros y años de prácticas, sonrisas serviles en las aulas a los amigos de mi padre que ya recibían mis sonrisas serviles en el salón, el dolor de los enfermos, la miseria de las familias, el sillón negro con reposabrazos de caoba en el que estudiaba, la beca amarilla en las fotos de la investidura.

Y luego, en aquel calco de la vida de mi padre en que amenazaba con convertirse la mía, llegarían los congresos, los viajes generosos de los laboratorios, las inacabables conversaciones con mis colegas, la actualización continua, los sobrentendidos, las rivalidades heredadas y las lealtades inquebrantables, el no saber nunca si había obtenido lo que tenía por mis méritos o porque el propio estamento médico, esa casta liberal y culta, no podía permitir que la hija de uno de ellos, una de ellos, una de los nuestros, en definitiva, descendiera más allá de los límites ya pactados.

Perdí ahí una ocasión preciosa de acercarme a mi padre, que en aquellos años, cuando ya podía conversar conmigo, había comenzado a prestarme una atención de la que yo estaba hambrienta. Le halagaba el que fuera inteli-

gente y despejada. Se enorgullecía de mis resultados y de mis deducciones lógicas. Las otras virtudes que yo podía tener le estorbaban: las apartaba como el ramaje de un camino. La capacidad de escucha, la buena memoria, la simpatía ante el dolor, nada de eso le interesaba.

Decepcioné, pues, a mi padre en mi segunda oportunidad de redimir mis culpas y ni siquiera tuve el valor de confesárselo, sino que lo supo por Marita, la interna filipina que había entrado en casa cuando yo tenía suficiente edad como para ser un estorbo para ella y demasiada como para cogerme cariño. Fue ella la que abrió el sobre que me daba la bienvenida a la carrera de Historia y la que diligentemente, casi con un placer sádico que le asomaba a veces entre los dientecillos menudos, lo dejó sobre la mesa del despacho de papá.

—Nos han dicho tus padres que finalmente has escogido Historia —me decían sus amigos con un optimismo forzado—. Qué interesante. Es una carrera que da mucha perspectiva...

—Mucha cultura general.

—Gracias —balbuceaba yo, perfectamente sabedora de la norma que había roto—. Espero sacarle mucho provecho.

—Bueno, al menos son unos estudios que aprobarás año por año —añadían los padres de los ingenieros, los médicos, los arquitectos.

De la tercera oportunidad, qué decir que no se haya callado ya: el mudo disgusto de mis padres por mi vida se había atenuado hasta una leve aprobación cuando me casé con Sergio. Esperaron entonces, mi madre interesada por primera vez en su vida por la mía, *noticias*, como ellos decían.

—¿Seguís sin noticias? —preguntaba mamá, con delicadeza, cuando ya Sergio había cogido las llaves del coche al término de cada rígido encuentro con ellos.

—Ninguna, hasta el momento.

Sergio, a veces, llevaba su crueldad hasta el punto de fingir que recordaba algo importante:

—Ah, sí, se me olvidaba, tenemos buenas noticias.

Y los entretenía, indiferente a su decepción, con cualquier detalle de su trabajo o de su familia. Yo empequeñecía, veía en su mirada cómo pasaban las hojas del calendario, primero meses, luego años, cómo calculaban a medida que me acercaba estéril al tiempo en el que ellos habían pasado sin descendencia.

Sabía que al menos en eso no habían perdido del todo la esperanza; pero esa ilusión de ser abuelos se quebraría del todo cuando yo llegara a la edad en la que mi madre me concibió. A veces me esforzaba por contarles milagrosos embarazos en amigas desahuciadas, otras parloteaba sin sentido para llenar el aire y que no quedara espacio para que pensaran aquello que a mí me obsesionaba. Hiciera lo que hiciera, regresaba a nuestra casa con los tobillos hinchados y la cabeza sorda, como tras una misión titánica. Siempre había sido así, con ellos, mis padres, a la espera de una recompensa que nunca habían pedido, yo agotada por descifrar qué debía hacer para no decepcionarlos, en una carrera loca por probar un recurso, otro, otro aún.

No sabía entonces que no haciendo nada también se decepciona.